

## “A UN ÁNGEL”

### LO MÁS DOLOROSO Y TAMBIÉN LO MÁS HERMOSO DE MI HJA.

Aquí está escrita mi vida, en su etapa más dolorosa y a la vez, la más hermosa; porque tuve a mi lado a un bello ser que puse por nombre Fabiola... mi hija.

Cuando me enteré a los dieciocho años que estaba embarazada sentí una gran emoción, sin embargo por mi inmadurez no comprendí que un hijo significa mucho más que procrear. Un hijo es un ser que el creador pone en nuestro camino para dale lo mejor de nosotros.

Me casé con el padre de mi hija y nos fuimos a vivir a casa de sus padres; mi embarazo transcurrió normal. La noche del 27 de noviembre de 1988, nació mi hija, una niña muy bonita a quien le puse por nombre Fabiola.

Mi hija vino al mundo con las mismas ilusiones y sueños que todos los demás; su papá y yo esperábamos verla crecer como la mayoría de los niños, sana y feliz. Sin embargo el destino tenía deparado algo diferente para Fabiola, un padecimiento llamado “Microcefalia”, el cual la haría muy desdichada, y a nosotros sufrir un calvario también; nuestras ilusiones se vinieron abajo por un momento, a quien culpar? quien tendrá una respuesta para esto? como afrontar este nuevo proceso de vida?

Me sentí la mujer más desdichada, ahora nuestra tarea era demostrar de qué estábamos hechos mi esposo y yo, y procurar aligerarle a Faby en todo lo posible, sus miedos, dolores y angustias.

Cuando nació y me la entregaron en el hospital, los médicos no notaron nada raro en mi hija, dijeron que todo estaba bien, y al día siguiente nos fuimos a casa con nuestra preciosa niña.

Durante el primer mes, nadie notó nada diferente, sin embargo ella lloraba mucho y dormía poco, su llanto era incontrolable, como si le doliera algo; la llevamos con un pediatra, él no le detectó nada, fuimos por una segunda opinión, este médico sólo con observarla se pudo dar cuenta de que mi hija tenía algo fuera de lo normal, le tocó la cabecita y al ver que ya tenía sus fontanelas cerradas, nos dijo que necesitaba unos estudios de cráneo, que debíamos llevarla a la ciudad de México al Hospital Infantil.

Mi esposo Leonel, su hermana Martha y yo nos fuimos a la ciudad de México con mi hija para que la revisaran allá, solo que no acudimos a donde el pediatra nos envió, sino al “Hospital Juárez”, porque ahí estaba trabajando un Neurocirujano amigo de mi cuñado Armando. Él le realizó una tomografía, un electroencefalograma y una radiografía de cráneo.

Mi hija llamaba mucho la atención por su llanto desesperado, algunos nos callaban, otros nos miraban con curiosidad, no sabíamos la causa de tanto llanto y

era difícil tranquilizarla. Una vez que el neurocirujano tuvo el diagnóstico nos llamó a su consultorio; ahí nos dijo que nos esperaba un largo y penoso camino, ya que mi hija, mi hermosa Fabiola, había nacido con “Microcefalia”, un padecimiento que hizo que su cerebro no se desarrollara, y por ello sus fontanelas se cerraron antes de tiempo.

El médico no nos supo da una explicación del porqué, sin embargo nos dijo que este padecimiento va del leve, a moderado, severo y profundo, y mi hija tenía un daño profundo, que su pronóstico de vida era incierto pero que no llegaría a la adolescencia.

Desde que Faby nació, no me separé de ella, le dije que estaba a su lado y que así será siempre. Nos volvimos inseparables, Cuando el médico nos dio el diagnóstico, lo tomé con calma, pensando que quizá con el tiempo se curaría, me negué a aceptar que mi hija moriría antes de llegar a la adolescencia; sin embargo su papá no se contuvo y lloró con desesperación, estaba abatido y muy triste por la noticia recibida.

Al llegar a casa vi unas sandalias muy bonitas que una amiga le regaló al nacer y pensé: ojalá mi hija si llegue a caminar algún día. No imaginé que comenzábamos una vida llena de dolor, desesperación, pero también llena de fe y esperanza.

Mi esposo de carácter difícil pero débil, no soportó esa situación y se refugió en el alcohol, procuraba estar lo menos posible en casa, lloraba mucho y se volvió muy irritable, se enojaba por todo conmigo, comenzó a tornarse violento tanto verbal como físicamente, y yo decidí dedicarle mi vida entera a mi hija, ya que me sentía culpable porque fui yo la que la llevó en mi vientre nueve meses y yo la traje al mundo en esa condición.

Durante la adolescencia yo conviví mucho con dos gatos, no tuve la higiene debida y adquirí un parásito llamado “Toxoplasma gondii”, causante de un padecimiento llamado “Toxoplasmosis”, que ocasiona en fetos, la microcefalia. Es por ello que mi hija nació en esas condiciones. Esto no lo supe hasta diez años después de nacida mi hija.

Este angelito que la vida nos mandó, se fue convirtiendo en la adoración de la familia de mi esposo, le gustaba que la cargaran y mostraba predilección por su papá, él sufría mucho al verla y la besaba abrazaba llorando, para después ausentarse y llegar alcoholizado y así escapar de su realidad, nuestra realidad.

A los tres meses la comenzamos a llevar a rehabilitación, mi suegra decía que tenían que darle terapia física; en ese tiempo yo todavía no comprendía lo dañado que estaba el pequeño cerebro de mi hija, que pensaba que mi suegra exageraba sin embargo accedí a llevarla diariamente.

Los abuelos de mi hija fueron un soporte muy grande para mí, me brindaron todo su apoyo moral y económico. Mi suegra llegó a ser mi confidente y yo la consideraba

mi mejor amiga, me enseñó a ser una buena ama de casa, era disciplinada y estricta conmigo.

Cuando atravesamos por momentos difíciles y dolorosos, necesitamos palabras de aliento y tener fuerzas para no dejarnos vencer por el dolor, la familia de mi esposo siempre tuvo para mí palabras que me reconfortaban y me hacían desear seguir adelante a pesar de las vicisitudes; a mis diecinueve años debía afrontar esta prueba tan dura que la vida me estaba poniendo, la de ser madre de una niña especial.

Mi suegra y yo llevábamos a Faby de lunes a viernes al “Centro de Rehabilitación y Educación Especial”, me dolía en el alma verla llorar cuando le daban la terapia para evitarle contracturas; cerraba los ojos y rezaba pidiéndole a Dios aligerarle el sufrimiento.

Al cumplir Faby un año comenzó a tener problemas con su respiración, la revisó un otorrinolaringólogo y dijo que debía operarla porque presentaba un problema llamado “hipertrofia de adenoides”; la cirugía fue sencilla y el mismo día la dio de alta, a esa edad aún no podía sostener la cabeza, ni se podía sentar, sólo movía brazos y piernas.

A esa edad también comenzó a presentar crisis convulsivas, comenzaba con epilepsia, una enfermedad que le haría mucho daño con el paso del tiempo; el Neurocirujano le recetó sedantes para controlarla ya que presentaba tres crisis por día. Como consecuencia de los medicamentos, empezó a dormir mucho y mostraba una excesiva flacidez.

No podía controlar la salivación y se le acumulaban las secreciones. Debido a que tenía el paladar alto no podía afianzar bien el chupón del biberón y comía muy despacio. Por esta razón le retiré el biberón y comencé a darle alimentos con cuchara, todo era molido.

Por la falta de movimiento comenzó a tener problemas para evacuar, se estreñía con frecuencia, sufría mucho por esto y lloraba con desesperación, gritaba cuando lograba evacuar y sangraba mucho, al final quedaba empapada en sudor.

Para mí era desesperante oírle y no poder ayudarla, rezaba pidiéndole a Dios alivio para mi hija, ver sufrir a un hijo y no poder ayudarlo es angustiante, el tiempo se hace eterno y nos preguntamos, en que estoy fallando como madre?, que estoy haciendo mal?, buscamos en vano una respuesta.

La inscribí también en una escuela de educación especial, ubicada en un pueblo llamado “Santa María El Tule” ubicado a 8 kilómetros de la ciudad. La llevaba de 8 a 12 del día de lunes a viernes, me acompañaba mi suegra, ella siempre estaba dispuesta a ayudarme en lo que necesitara.

En ese centro de educación especial, el personal era muy amable y cariñoso con los niños, ahí conocí a niños con diferentes trastornos físicos y mentales, y conviví con sus familiares en un ambiente alegre, amable y lleno de esperanza para todos.

Platicábamos cada día de nuestros miedos, tristezas, alegrías, de cómo veíamos la vida a partir de hacernos partícipes en el cuidado de un familiar especial; nos consolábamos entre sí, y terminábamos el día de terapia con la esperanza de que todo estaría mejor.

Cuando tienes un hijo especial que sufre mucho, no ves otras situaciones difíciles, todo se te hace vano en comparación con lo que está padeciendo tu angelito, nada es más importante que él; Dios nos dota de una fortaleza inquebrantable, y yo no me pasaba el tiempo lamentando mi situación, al contrario disfrutaba cada segundo con mi hija, ya que no sabía cuánto tiempo más la tendría en mis brazos, le cantaba, la arrullaba, y la dormía junto a mí siempre.

Cuando veía a niños especiales que estaban bajo el cuidado de otras personas, agradecía infinitamente a Dios por permitirme poder estar todo el tiempo con mi hija, y dedicarme sólo a su cuidado, mis suegros me proveían de todo, y mi esposo trabajaba de transportista para contribuir al gasto familiar. El cuidado y amor de la madre no los sule nadie.

Yo que carecí de abrazos y mimos por parte de mis padres, aprendí con mi hija a mostrar mis sentimientos siempre, ya que no sabía en qué momento Dios la llamaría a su lado; todos tenemos derecho a recibir amor y más los niños especiales que carecen de maldad, ellos tienen el alma pura, y son seres nobles que llegan como bendición a los hogares. Es por ello que Faby se ganó el corazón de todo aquel que la conocía, los padres de mi esposo la adoraban y cada recaída les dolía tanto como a mí.

Fabiola fue progresando con la rehabilitación, las terapias en el Centro de Rehabilitación, comenzaban con masajes en todo el cuerpo, después se le pasaban diferentes texturas en brazos y pierna, se le hacían ejercicios de flexión y extensión. Posteriormente la mecía en una sábana o pelota, todo esto se hacía entonándole cantos infantiles, y la sesión terminaba haciéndola tocar, semillas, agua y arena.

Asistir diariamente a esta escuela me relajaba, me entretenía y mi hija y yo convivíamos con personas que tenían situaciones parecidas; la terapia estaba comenzando a hacer efecto, al año y medio de edad ya intentaba agarrar objetos, levantaba por unos segundos la cabeza y estiraba las piernas intentando tocar el suelo.

Sin embargo las crisis convulsivas se volvieron más frecuentes, hubo que aumentarle la dosis de anticonvulsivos; este medicamento la relajaba demasiado y la excesiva flacidez ya no le permitía moverse como antes, su semblante comenzó

a notarse decaído y la acumulación de secreciones aumentaba cada vez más. Llegaron las bronconeumonías.

A los dos años comenzó a enfermarse constantemente, las bronconeumonías se fueron haciendo frecuentes, ya no iba a terapia como antes las convulsiones se tornaron difíciles de controlar; cada que mejoraba la llevaba a terapia, hasta que en una ocasión el médico decidió ya no darle terapia, dijo que no tenía caso hacerla sufrir porque la epilepsia no le permitiría avanzar; darme por vencida me dolió, porque eso significaba aceptar que jamás la vería caminar, se me vinieron a la mente aquellas lindas sandalias que le regalaron y se me salieron las lágrimas al pensar que mi hija nunca caminaría.

Llegó el primer internamiento de mi hija al hospital, ese día no lo olvidaré la llevamos porque presentaba fiebre y se le habían acumulado muchas secreciones, la enfermera que la recibió dijo que parecía una ollita de frijoles hirviendo. Nos pasaron a la sala de urgencias, vi llegar a dos heridos, ver la sangre regada en el suelo me asustó, quise salir corriendo de ahí, y pensé: Dios que deprimente es estar en este lugar. No imaginaba que a partir de ahí ese sería mi segundo hogar.

A Faby la colocaron en una cuna y le aplicaron solución intravenosa, ella lloraba mucho, estaba inquieta; mi esposo y yo nos quedamos esa noche en el hospital, el afuera y yo en una silla junto a mi hija. A los dos días de estar ahí la dieron de alta.

En otro internamiento mi hija coincidió con una compañerita del centro de rehabilitación, Rubí, también tenía "microcefalia", era nueve meses mayor que mi hija, las dos tenían el mismo daño cerebral. Las enfermeras del IMSS, dijeron que se parecían mucho, a mi Faby la dieron de alta y a los dos días me enteré que Rubí falleció en el hospital.

De los dos a los tres años Fabiola tuvo cuatro internamientos en el IMSS, a los tres años con cuatro meses, la volvimos a internar nuevamente por bronquitis; al siguiente mes la llevamos a internar dos veces más eso fue en el mes de mayo, en junio la volvimos a internar, en esta ocasión permaneció nueve días, las veces anteriores estuvo dos, tres y cuatro días.

De tanto llevarla la empezó a conocer el personal del IMSS, me hice amiga de cocineras ellas eran muy amables y me llevaban algo de comer, platicaban conmigo y me daban ánimos para seguir adelante, los médicos decían al pasar ahí está Fabiolita con su mamá como siempre. Ella ya conocía a los médicos y cuando se le acercaban cerraba los ojitos haciéndose la dormida.

Cada internamiento era un sufrimiento para mi Faby y una angustia para mí, como tenía las venas muy delgadas, le picaban varias veces pies y manos buscando una vena en donde aplicarle la venoclisis, de tantos piquetes ya tenía las manitas llenas de puntitos blancos.

El siete de julio la volvimos a llevar, nuevamente la internaron el diecisiete del mismo mes, este internamiento duró quince días, fue muy traumático, como la fiebre no cedía y continuaba con bronconeumonía, a los siete días de estar internada le practicaron una “fluoroscopia”, un estudio en donde le dan a tomar un líquido y través de un estudio verifican que el líquido baje por el esófago hasta llegar al estómago; para sorpresa de los médicos el líquido bajaba por el esófago, volvía a subir y parte de ese líquido se iba para la tráquea, esa era la causa de tantas bronconeumonías.

El médico decidió colocarle una “sonda nasogástrica”, para alimentarla a través de ella; dicha sonda se le introdujo por la nariz, hasta llegar al estómago, la fijaban con cinta micropore para que no se le saliera. Cuando se la introdujeron gritó de dolor, yo sentí que me daba un vuelco el corazón, se me salieron las lágrimas y le pregunté a Dios, cuánto más va a sufrir mi hija?

Nos lamentamos por no tener dinero, por no tener ropa, porque nuestros hijos son rebeldes, porque no tenemos casa, por falta de amor, creemos que la vida es injusta. Sin embargo nada es comparable con el dolor de ver sufrir a un hijo, el ver sus lágrimas de angustia y no poder hacer nada.

A partir de entonces llevamos a Faby a que le cambiara la sonda cada semana, como cada cambio le producía mucho dolor, el pediatra sugirió la “gastrostomía”, le colocarían una sonda a través de la piel a la altura del estómago, y así asarle los alimentos directamente al estómago, me dijo el médico que esta sonda no le ocasionaría molestias y se le podía cambiar cada dos semanas.

El tres de septiembre fue internada para transfundirle plasma y prepararla para la cirugía, extrayéndole la mayor cantidad posible de secreciones, y así evitar complicaciones. Ese mismo día fui a donar sangre que solicitaron en el hospital, para reponer la que le pudieran transfundir.

El día cinco a las cuatro de la tarde la bajaron a quirófano, la acompañé cuando se la llevaron por un pasillo en una camilla y no me permitieron la entrada al quirófano, me quedé parada sintiéndome muy triste, hubiera querido tener a alguien cerca para echarme a llorar en sus brazos, sin embargo estaba sola y contuve el llanto, me di la vuelta y salí de ahí. Fueron infinidad de ocasiones en las que me sentí sola, triste, impotente; mi esposo cada vez estaba más ausente, más frío más duro, más agresivo, pero a pesar de todo lo necesitaba.

A las cinco de la tarde comenzaron a llegar mis familiares al IMSS, a las siete salió un médico a decirnos que todo había salido bien y que Faby se quedaría unas horas en recuperación. A las diez de la noche subí a ver como estaba y a quedarme para cuidarla, como ya no era hora de visita, su papá subió a darle un beso y a despedirse.

Mi hija estaba cubierta con un cobertor por el frío que sentía, la destapé y al ver la herida de cinco centímetros y el orificio de la sonda, sentí un escalofrío recorrer todo mi cuerpo, le hablé y me sonrió. Esa noche no durmió bien, tenía tos, y toser le provocaba dolor en la herida. Fue para las dos una noche angustiante.

Permaneció internada cinco días más, mientras me enseñaban a cambiarle la sonda y alimentarla a través de ella, también debía curarle la herida después de cada baño. Me proporcionaron vales para material de curación y sondas; tenía que saber cómo colocar la sonda, ya que si no se introducía correctamente le provocaba vómito o dolor. También tenía que evitar que se saliera.

Aprendí a aspirarle las secreciones, un pediatra me enseñó a cuidarla correctamente, mi esposo adaptó una aspiradora común de polvo, para poder utilizarla como aspirador de secreciones. Con el tiempo pudimos comprar un aspirador especial y un nebulizador. Las aspiraciones se las hacía tres o cuatro veces al día, antes de eso le daba palmo-percusiones en la espalda, para despegarle las flemas. Yo era la encargada de su cuidado, es por ello que si tenía que salir de casa a comprar algo, lo hacía lo más rápido que podía, ya que temía que en mi ausencia se pusiera mal.

Fue así como mi vida se redujo solo al cuidado de mi hija, sin salir de casa, veía el mundo a través de mi ventana, en las noches cuando ya mi hija descansaba. Me volví irritable, con una marcada ansiedad, y las migrañas comenzaron a ser más frecuentes y muy dolorosas. En esos momentos mi suegra cuidaba un rato a mi hija para que yo descansara un poco. Mi hija sólo usaba pañales de tela y diariamente lavaba cincuenta pañales, comenzaba a pesar más y cargarla me resultaba cada vez más difícil, comencé a tener problemas de cadera.

Cuando Faby fue operada pesaba once kilos, pasado un mes había subido a 18 kilos, creímos que con esta operación, ella ya no se enfermaría tanto. Sin embargo al poco tiempo la volvimos a internar por bronconeumonía esto fue en el mes de octubre. Recayó y en noviembre volvimos a hospital, en diciembre regresó otra vez a internarse, esta vez fue para extraerle unas muelas cariadas, el procedimiento tuvo que hacerse mediante anestesia general, permaneció nueve días internada.

Durante los internamientos de mi hija, conocí a varias madres, vi de cerca su sufrimiento, algunas eran muy fuertes, y otras se derrumbaban al ver a su hijo internado; de mí decían que era muy paciente, y que no me veían llorar o desesperarme, ni mostraba cansancio.

Debo reconocer que a veces si sentía tristeza, dolor, coraje contra Dios por permitir tanto sufrimiento hacia Faby, me dolía ver que a los demás pacientes les llevaban comida normal, mientras que a mi hija sólo licuado, cuando le pasaba el licuado a través de la sonda, los demás me preguntaban porque mi hija no comía como los demás niños, y yo contestaba siempre amable; no tenía porqué poner una barrera entre los demás y yo, eso sólo me haría sentir sola.

Cada vez que le pasaba los alimentos por la sonda, Faby abría la boca esperando sentir la comida en los labios, ver eso me encogía el corazón. Comencé a sentir coraje contra Dios, a solas en mi recámara me sentaba en el suelo a golpear el piso maldecir y preguntar: porque Dios permites tanto dolor, mi hija es un angelito, que no ha hecho mal a nadie, hasta cuando dejará de sufrir? no merece tanto dolor. Mándame a mi todo el dolor que quieras, a ella no la hagas sufrir.

En enero le volvió la neumonía, en febrero recayó nuevamente, el año de 1992, estuvo internada siete veces. Su cumpleaños número cuatro lo pasó enferma, también cuando cumplió cinco años estuvo mal; le festejamos todos sus cumpleaños, aunque era algo sencillo lo que le preparábamos, no dejaban de estar presentes sus tíos, primos y sus abuelitos. Mi suegra le hacía el pastel con todo el amor que sentía por mi hija, nunca supe hasta donde Faby se daba cuenta de lo que pasaba a su alrededor, ya que ella nunca logró hablar, ni sentarse, lo único que podía hacer era mover el dedo medio de las manos, y la cabeza, todos sus movimientos de fueron reduciendo poco a poco.

A los cinco años, Faby ya pesaba veintiún kilos, para mí ya era muy cansado cargarla, así que la bajaba a la sala en la mañana y la subía hasta que llegaba la hora de ir a dormir.

Los internamientos continuaron, en el último de 1993, mi hija llegó grave al hospital, tenía bronconeumonía nuevamente, de nuevo la insuficiencia respiratoria, fiebres altas, apnea, cianosis, aleteo nasal, los médicos que la conocían ya sabían que indicaciones dar, por sus interminables internamientos en el hospital; los médicos que no la conocían, se alarmaban al verla llegar en ese estado.

Al llega le aplicaban solución intravenosa, le suministraban antibiótico, le indicaban nebulizaciones cada hora, aspiración de secreciones, palmo-percusiones, oxígeno si presentaba cianosis o dificultad para respirar, le controlaban la temperatura y la dejaban en ayuno. Trataba de ayudar en lo que podía y de esta manera las enfermeras confiaban en mí, y me permitían hacerme cargo del cuidado de mi hija en el hospital, y así aligerarles a ellas la carga de trabajo.

El trabajo de médicos y enfermeras es admirable, porque es desgastante y muy cansado, un trabajo que no admite errores, ya que tienen vidas en sus manos,

Mi hija se iba consumiendo poco a poco, su carita antes alegre, se fue tornando pálida y ojerosa, su mirada era triste, se le veía cansada, sin embargo no dejaba de ponerse contenta cada vez que veía a su papá, y su papá la adoraba. A medida que pasaba el tiempo me atormentaba la idea de que Faby muriera, imaginaba su entierro y pensaba que no lo soportaría, le pedía a Dios fortaleza para cuando llegara ese momento. Durante mucho tiempo pedí un milagro y esperaba ver a mi hija sana y feliz.

Mi familia opinaba que yo era fuerte, y que no me rendía ante el dolor, trataba de no llorar delante de los demás, no se si por vergüenza o por aparentar fortaleza, pero guardar mi dolor me hacía mucho daño y me enojaba conmigo misma por no expresar mis emociones, ya que necesitaba palabras de aliento un abrazo, un consuelo. En el hospital contenía mi tristeza, y en la noche cando apagaban as luces, dejaba que mis lágrimas cayeran, sin que nadie lo notara. En casa hacía lo mismo, cuando estaba sola en mi recámara me soltaba en llanto hasta que el sueño me vencía, no soy fuerte sólo que no he aprendido a expresar mis emociones sin sentir vergüenza.

De niña carecí de palabras de amor, y aunque me hacen mucha falta no las sé decir ni las puedo recibir. Durante otro internamiento de Faby coincidí con un compañerito del centro de rehabilitación, Iván de Jesús, él tenía síndrome de Down, Su mamá y yo nos llevábamos bien, ella sufría mucho porque vivía sola con sus dos hijos y tenía que salir a trabajar para ganarse el sustento, de día trabajaba y en las noches regresaba al hospital para cuidar a Iván de Jesús, en esta ocasión él llegó con bronconeumonía, su mamá una mañana se fue a trabajar, Iván durante la mañana falleció, al llegar ella después que la llamaron, corrió a abrazarlo y lloró desesperadamente, Iván ya estaba envuelto en una sábana blanca, ver aquella escena me produjo una enorme tristeza, me cerqué para abrazarla y le die, las madres de niños especiales sabemos que de un momento a otro los vamos a perder, y ella me contestó: si pero no deja de ser muy doloroso.

A partir de entonces cada vez que Faby se internaba, se me venía a la mente la imagen de la señora cargando a su hijo muerto, sólo Dios sabe cuándo llamará a mi hija a su lado.

En 1994 sólo se internó una vez, esto en el mes de febrero. Cómo mi hija ya le tenía pavor a hospital y en casa contábamos con lo necesario para cuidarla, además de que yo sabía aspirarle las secreciones y hacerle sus nebulizaciones, intenté controlarle sus bronconeumonías en casa. Mi cuñado Armando que es médico, acudía a revisarla y le recetaba los medicamentos que necesitaba tomar.

Logramos mantenerla en casa durante varios meses, sin embargo un día antes de cumplir 6 años comenzó con temperaturas muy elevadas y con los cuidados necesarios ella mejoró. Le festejaos su cumpleaños como acostumbábamos y sólo con la familia más allegada.

Durante el invierno tratábamos de mantenerla bien abrigada, colocábamos sábanas alrededor de su cama, haciendo una especie de casita, para que estuviera aislada del frío. Algunos médicos decían que éramos inconscientes ya que con tanta sobreprotección le alargábamos el sufrimiento. Sin embargo descuidarla sería inhumano a sabiendas de que su salud estaba quebrantada, y la estaríamos exponiendo a una enfermedad grave.

Debido a que sus crisis se fueron espaciando, le disminuí la dosis de anticonvulsivos, a consecuencia de ello comenzó a padecer de insomnio, dormía muy poco por lo que el neurocirujano le recetó "Valium" para que lograra conciliar el sueño, desafortunadamente volvieron las recaídas.

A principios de 1995 comenzaron las elevaciones de temperatura, en enero presentó fiebre tres días consecutivos, el médico le recetó antibiótico y mejoró levemente, a la semana siguiente la fiebre volvió y el tres de febrero la volvimos a internar; médicos y enfermeras la reconocieron al verla y me comentaron que había crecido mucho, sin embargo su semblante estaba muy decaído. Dijeron haberla extrañado y yo me sentí tranquila porque sabía que estaría en buenas manos.

Al personal del Instituto Mexicano del Seguro Social de Oaxaca, siempre le estaré agradecida por el trato dado a mi hija a lo largo de todos sus internamientos, siempre tuvieron para mí una palabra de aliento y muy buena atención a mi Faby.

Volver al hospital después de un año era comenzar de nuevo, me costó mucho conciliar el sueño sentada, y durante el día me quedaba dormida con facilidad. Aún así no pedía ayuda a mi familia, decidí ser yo la que siempre estuviera a su lado, sólo me separaba de ella para ir a bañarme y cambiarme de ropa, dos noches la cuidaron mis cuñadas Martha y Oralia, noches en las que me sentí culpable por no estar ahí, y ya no volví a separarme de su lado.

Aprendí muchas cosas al lado de mi hija especial, me adaptaba fácilmente a cualquier circunstancia, y adquirí la capacidad para no dejarme llevar por algún sentimiento de tristeza o abatimiento; comencé a demostrar amor y no guardármelo, me gustaba escribir pensamientos, disfrutaba estar en casa, aprendí a ver lo sencillo de la vida, porque ahí es donde se esconde lo de más valor.

Abrazaba y besaba a mi hija diciéndole que la amaba, jugaba mucho con los niños, si mi hija no sentía dolor yo era feliz. A mi hija le gustaba que por las tardes yo me sentara en el sillón y la cargara, estando en mis brazos dormía tranquilamente; y yo la contemplaba, tratando de grabarme en la memoria cada uno de los rasgos de su carita, para no olvidarla jamás.

En ese internamiento permaneció sólo un día, la dieron de alta y al día siguiente le volvió la fiebre durante dos días consecutivos, le iniciamos un tratamiento con antibiótico y mejoró levemente, una semana después recayó.

Pasado un mes durante el cual estuvo tranquila, la temperatura se le elevó hasta 40 grados, en esta ocasión por una infección en vías urinarias. Le recetaron antibiótico y mejoró. El 16 de mayo, le volvió la fiebre, también se le elevó la temperatura el siete, nueve y diecinueve de junio. Otra vez a suministrarle medicamento, comenzaron a acumularse demasiadas secreciones, y la tenía que aspirar varias veces al día.

El tres, cuatro y seis de julio estuvo con temperatura alta, la llevamos a internar el día seis, tenía bronconeumonía, ya no quisimos que continuara en casa, porque comenzó a presentar espasmos y se veía muy mal. Verla en esa situación y con una gran dificultad para respirar, me hizo sentir muy mal, impotente, quería golpear la pared, sentí rabia, dolor, coraje, y recé pidiendo un alivio para ella, pidiendo una explicación a tanto sufrimiento. Sentía que ya no podía más, me estaba dando por vencida, que ya estaba llegando a mi límite, no soportaba verla morir lentamente, se desgarraba mi alma.

A los cinco días de estar internada la dieron de alta, después de rezar me sentía aliviada, sentía que todo iba a estar bien, que Dios no me abandonaría, que tenía un plan para mí, en casa Faby continuó con fiebre, mi cuñado le mandó hacer unos análisis de sangre. Cuando fui por los resultados, entré a una iglesia, me senté en una banca y comencé a llorar desconsolada, las lágrimas ya me estaban ahogando, ya no podía contenerme más.

Con mi familia tenía poca comunicación, pero a raíz de la enfermedad de mi hija, mi mamá se fue acercando más a mí, y cuando Faby se internaba, mi mamá, mi suegra y la tía de mi esposo me iban a ver al hospital. Ellas fueron un apoyo muy grande para mí, y en el alma les agradecía su bondad.

Después del internamiento de julio, Faby mejoró levemente y a los diez días la fiebre volvió, también en septiembre estuvo tres días con fiebre ya que había acumulado abundantes secreciones.

Por esta fecha escuché en el radio que se iniciaba un curso en el sistema abierto del Colegio de Bachilleres, para los que desearan concluir sus estudios de bachillerato. Yo dejé inconclusos mis estudios y me emocioné con la idea de poder terminarlos. Ese era uno de mis sueños.

Le comenté a mi suegra mi deseo, y ella me ofreció todo su apoyo, una vez que mi esposo accedió, me fui a inscribir al Colegio de Bachilleres del Estado de Oaxaca, en el sistema abierto, volver a la escuela me hizo recobrar la confianza en mí misma. Mi suegra me cuidaba a mi hija cuando tenía que asistir a comprar fascículos, y a presentar exámenes.

Aprobar cada materia me resultó muy difícil, durante las noches cuando mi hija dormía, me ponía a estudiar; y en el día mientras lavaba pañales y me ocupaba de los quehaceres de la casa, repasaba lo aprendido. Hubo noches que me resultaron muy angustiantes porque mi hija se ponía mal y yo no podía estudiar.

Mi familia me felicitó por la decisión tomada y mi cuñada Oralía me dijo que estaba orgullosa de mí; ella fue una de las personas que confiaron en mi capacidad, en el colegio platicaba con la psicóloga, nos hicimos amigas, se preocupaba mucho por mí y me dijo que no me rindiera, que despacio pero que avanzara, y que cada logro mío valía mucho porque mi situación era distinta a la de los demás alumnos.

Cuando me entregaban calificaciones, me alegraba; y sacar dieces me alentaba a seguir adelante. Sacaba excelentes calificaciones, a pesar de no acudir a asesorías porque no podía dejar mucho tiempo a mi hija, procuraba estudiar mucho para terminar de contestar los exámenes lo más pronto posible y correr al lado de mi hija.

Con respecto a la salud de mi hija, después del mes de septiembre en que se vio tan mal no la volvimos a internar. En febrero del siguiente año inició con espasmos nuevamente, estos le continuaron en marzo y abril, era muy angustiante verla respirar de esa manera, sentía que también a mí me faltaba el aire, sus espasmos fueron aumentando y el 25 de abril la tuvimos que internar, tenía bronconeumonía, permaneció cinco días en el IMSS.

En julio tuvo una recaída, en esta ocasión me tocó ver cosas muy tristes en el hospital. Mi hija llegó grave, con bronconeumonía; a los dos días de haberla internado, un pediatra me dijo que estuviera preparada porque mi hija podía fallecer de un momento a otro, que su salud ya estaba muy quebrantada y que además estaba presentando un cuadro de taquicardia.

La tenían con oxígeno porque su respiración era muy forzada, presentaba fiebre y llevaba varias horas inconsciente. La pediatra que la recibió en piso, me mandó a buscar a un sacerdote, para que le diera los santos óleos. Salí del hospital y vi al sacerdote bajando de su auto, me acerqué y le pedí que subiera a ver a mi hija.

El sacerdote la reconoció porque ya la había visto en otras ocasiones; la confirmó y le dio los santos óleos, las lágrimas me rodaron, entonces él me pidió que no llorara, que estuviera tranquila para que ella se fuera en paz.

Sin embargo no era el momento de partir, Faby se recuperó, quería seguir viviendo. Médicos, enfermeras, familiares de los demás pacientes se admiraron de la forma tan rápida en la que mi hija se alivió. Una pacientita de seis meses también llegó con bronconeumonía y falleció, su mamá estaba inconsolable, la abracé y después envolvieron a la niña en una sábana y se la llevaron; ver eso y las lágrimas de la madre me deprimieron.

Después de estar ocho días internada mi hija, la dieron de alta, cuando salía un pediatra dijo: “se va la niña que se aferra a la vida”.

En abril de 1996, estaba sentada en la sala abrazando a mi hija viendo un programa de televisión local llamado “Ella”; en él invitaban a las madres a concursar, escribiéndole una carta a su hijo en donde expresaran lo que sienten por él, tomé papel y pluma y comencé esta carta:

Hija, te tengo y es lo único que importa. ¿Qué naciste con limitaciones? Yo te cuidaré.

¿Qué no podrás hablar? No necesitamos palabras para decirnos que nos queremos.

A veces siento que me miras, preguntándome, porque es tu vida así. En esos momentos quisiera cambiar tu vida por la mía.

Cuando te veo sufrir por esa dificultad que tienes para respirar, deseo ser yo quien esté ocupando tu lugar. Hija: cómo quisiera aliviar tu sufrimiento, tus lágrimas son puñales que penetran en mi alma.

Cada vez te llevo más adentro de mi vida y de mi corazón. Si algún día me llegaras a faltar dejarás un vacío que nadie podrá llenar. Eres para lo mejor que hay en el mundo.

Dios me escogió a mí para cuidar de tu vida, y contigo me enseñó hasta donde se puede llegar a querer a un ser especial, a un ser que legó a esta vida con las mismas ilusiones que todo los demás; a un ser que no comprende el porqué de sus limitaciones; sin embargo te ofrece todo un torrente de amor y una infinita ternura.

Dicen que toda la vida dependerás de mí, yo también ya dependo de ti, y así juntas iremos por la vida sin necesitar nada más que nuestro inmenso amor.

Eres...un hermoso regalo que me mandó Dios.

TU MAMÁ, KARINA.

En media hora terminé esta carta sin embargo cuando dijeron que el premio para el hijo ganador sería un curso de computación, quise romper la carta, pero algo dentro de mí me dijo que la enviara, así lo hice.

A los pocos días de enviada la carta, tuve que internar nuevamente a mi hija y olvidé aquella carta. A los cinco días de estar internada, me encontraba parada afuera de la sala de Pediatría, mientras las enfermeras le cambiaban la venoclisis a mi hija, ya que se le había infiltrado era la cuarta vez que le pasaba y ya estaba muy lastimada, ella lloraba mucho y a mí al oír su llanto de dolor se me salieron las lágrimas. Entonces una enfermera se me acercó y me preguntó si yo había enviado una carta para un concurso a un programa local, le dije que sí, ella me dijo señora su carta ganó el primer lugar y la leyeron en el programa.

Yo me emocioné y me acerqué a mi hija diciéndole al oído: hija ganamos el primer lugar. No imaginé que esta carta conmoviera tanto; mi cuñada Lina estaba viendo también el programa cuando la leyeron, relacionó ese caso con el de Faby, y lloró, después cuando leyeron quien la había escrito supo que fui yo, me llamó, acudí a verla y nos abrazamos llorando.

Tres meses después vinieron a la ciudad todos los familiares de mi papá él y dos de sus sobrinos tuvieron la idea de reunir cada año a toda la familia, para convivir y conocernos mejor. Fueron reuniones llenas de camaradería, de situaciones emotivas, en esos momentos veía a mi papá muy contento, y eso me alegraba en

el alma. Este año la reunión fue especial para mí, porque uno de mis primos pidió leer la carta que le hice a mi hija especial; les dijo tenemos una sobrina a quien su mamá le escribió una carta muy bonita y se las voy a leer.

Comenzó a leer pero a la mitad de la carta, se le quebró la voz, y todos comenzamos a derramar lágrimas también; al fin lloraba libremente delante de los demás, eso me hizo sentir que no estaba sola. Después algunos de mis primos se me acercaron para decirme que no imaginaron que tenían un familiar en esa situación, me brindaron su apoyo y me dieron palabras de aliento.

Todo aquello fue reconfortante para mí al poco tiempo mi hermano Arturo y mi cuñada Lucy me regalaron un libro que narra la vida de un niño con “microcefalia” este libro me ayudó a recobrar la fe perdida.

Obviamente el premio por haber obtenido el primer lugar, no me lo pudieron dar, sin embargo me ofrecieron ayudarme a conseguir una silla de ruedas para mi hija, dicho sueño jamás lo vi realizado.

En julio se internó Faby, volvió al hospital tres meses después, se le habían acumulado tantas secreciones que respiraba con mucha dificultad, me resistía a llevarla y con eso conseguí que se agravara más.

Al ingresar inmediatamente le colocaron oxígeno, su estado mejoró levemente pero al tercer día, su respiración se tornó forzada, fue el Pediatra y después de revisarla me dijo que mi hija estaba muy grave y que sólo nos quedaba esperar. Cerró las cortinas que se encontraban a los lados de la cama y se fue. La madre de una niña internada se me acercó y me regaló una imagen de la virgen de la Soledad, la coloqué en su cabecera, y me senté a rezar.

Bajé a hablarle por teléfono a mi esposo, y él llegó en una hora, permanecemos junto a ella toda la noche, ella estaba inconsciente, sudaba mucho, tenía taquicardia, y estaba muy hinchada de párpados, manos y pies. Su respiración era muy forzada. En su desesperación mi esposo decía que prefería que todo esto pasara rápido y que ya dejara de sufrir y se fuera a descansar con Dios, yo le pedía a la Virgen que se la llevara con ella. Resulta muy doloroso pedir a Dios que se lleve a tu hijo, sabiendo que con ello se irá tu vida también.

En la madrugada se acercó un enfermero, él nos dijo que estaría junto a ella también y que la atendería lo mejor que pudiera, no la descuidó, le aspiraba las secreciones y vigilaba constantemente, el Pediatra entonces le indicó “furosemida” y “digoxina”

A las ocho de la mañana estaba mejor, abrió los ojos durante unos minutos y se volvió dormir. Faby mejoró con el paso de los días; en esta ocasión me hice amiga de la madre de una niña con cáncer, la niña fue empeorando con el paso de los días, sus papás lloraban mucho. A los diez días de estar internada dieron de alta a Faby, la niña con cáncer mejoró levemente, su familia estaba contenta, sin embargo una noche antes de que dieran de alta a mi hija, durante la madrugada, estaba

sentada cuidando a mi hija cuando la madre de la niña llegó corriendo, me abrazó y me dijo que a su hija le había dado un derrame cerebral y que ya estaba en coma.

Al irme del hospital le prometí a la madre de la niña con cáncer, encender una veladora y pedir por la salud de su hija, llegando a casa prendí la veladora y me sentí muy triste durante todo el día. El abuelo me pidió hablar con la mamá y decirle que se resignara a lo que venía, así lo hice, y ella lloró mucho.

La niña murió dos días después.

Faby no mejoró y al día siguiente en casa tuvo fiebre, comenzó nuevamente con dificultad para respirar y le volvieron los espasmos. Entonces me vino una desesperación muy grande y me comencé a sentir impotente, luché por mantenerla en casa, sin embargo a los veinte días tuvo que regresar al hospital y a comenzar otra vez la pesadilla.

Al llegar las enfermeras me preguntaron: ¿por qué regresó tan rápido que no la cuidó? oír eso me produjo rabia, me hicieron sentir culpable de su recaída, y pensé: Dios en qué estoy fallando? Mi hija llegó grave la atendió esta vez un pediatra que no la conocía, al verla se alarmó, llevó a sus alumnos y rodearon la cuna de mi hija, comenzó entonces a explicarles la situación de Faby, y cuando les hizo la pregunta de si sabían de que moriría? Sentí deseos de correrlos de ahí, cómo era posible que no pensara en el dolor que estaba yo sintiendo y en que mi hija los escuchaba.

Antes de irse el pediatra dijo: “probablemente esta niña muera”, me senté derrumbada en la silla y comencé a llorar en silencio. No se puede explicar con palabras el dolor que se siente cuando escuchas que tu hija morirá, poco a poco van muriendo las esperanzas, la fe disminuye al no encontrar una respuesta de Dios, y sientes un enorme vacío en el alma.

A las dos de la mañana la subieron a piso, en esta ocasión coincidimos con una niña que estaba en la misma situación que Faby, tenía sonda también y no se movía, su mamá lloraba mucho y era muy hermética. Con el paso de los días nos fuimos haciendo amigas, era una señora amable, y me dijo que sus familiares me admiraban porque no me separaba de mi hija y le tenía mucha paciencia.

A su niña la cuidaba el papá en las noches, y en el día ella con ayuda de una enfermera particular, la señora se llamaba Conchita y en algunas ocasiones me llevaba tortas para que yo comiera, can dieron de alta a mi hija ella siguió frecuentándonos en casa, nos hablábamos con frecuencia y nos dábamos ánimos para seguir adelante con nuestras hijas.

Llegó diciembre y afortunadamente Faby pasó ese mes sin recaer, cada navidad pedía al niño “Jesús” un milagro para mi hija, quería verla sana. Mi papá y yo fuimos a ver a las promotoras del IMSS, para pedir apoyo con una “silla de ruedas” para mi hija.

Ellas fueron muy amables y prometieron ayudarme a pagarla si la mandaba hacer; mientras tanto me prestaron una silla de ruedas sencilla. La silla fue de gran ayuda para nosotros, estar sentada evitaba que acumulara secreciones en exceso, se ponía contenta cuando la sacaba al patio en la silla, y yo me sentía agradecida con las promotoras, por haberme apoyado de esta manera.

El año de 1997 lo iniciamos bien, a mediados de enero habló por teléfono el padre de Jessica, una compañerita de escuela de mi Faby, ella tenía "hidrocefalia" su papá me comentó que la niña estaba grave en el hospital. Tenía bronconeumonía; no pude ir a verla, debido a que Fabiola había acumulado abundantes secreciones y no me atreví dejarla por temor a que durante mi ausencia se pusiera mal.

Jessica falleció a los pocos días, yo acudí a su entierro acompañada de mi esposo, todo fue muy doloroso para mí, ya que sentía que algún día yo estaría pasando por lo mismo, y me deprimí. Abracé a su mamá y lloramos juntas.

En los días siguientes estuve muy triste y no dejaba de pensar en lo que pasaría cuando mi hija se fuera de mi lado. No quería perder a mi más grande razón para vivir.

A fines de enero Faby se comenzó a enfermar, estuvo con fiebre y respiraba con mucha dificultad, fueron interminables las noches en las que pasaba escuchando su agitada respiración. Mi hija estaba sufriendo, se desesperaba y yo en esos momentos pedía cambiar mi vida por la suya, ya no podía más con esa pesadilla, porque Dios me ponía en tan dolorosa prueba, porque; cuál era mi lección de vida, en medio de mi desesperación, le dije a Dios: ya basta Señor, ya llévatela, ya no la hagas sufrir más, por favor ya fue demasiado.

A principios de febrero la tuvimos que internar por bronconeumonía, como no iba grave, no le pusieron oxígeno ni solución intravenosa, pero la inyectaban a diario. Estuvo cinco días, y recayó al día siguiente de haber salido, le volvió la fiebre y no mejoraba con las nebulizaciones ni las aspiraciones.

A los diez días la llevé nuevamente al IMSS, cada vez era más difícil cargarla, tenía ocho años, estaba grande y pesaba mucho, Al revisarla el pediatra me preguntó si quería que fuera internada o la cuidaba en casa yéndose con tratamiento. Le contesté que era preferible que se quedara internada, ya que no mejoraba con los cuidados en casa.

Mi hija estuvo seis días internada, cinco de los cuales permaneció semiinconsciente, y hasta el sexto día abrió los ojos; los párpados, pies y manos se le habían inflamado. En la espalda le brotaron ampollas pequeñas, debido a ello y temiendo que fuera varicela, el pediatra la aisló al quinto día de internamiento.

Pasaron los días y la mañana del domingo seis de abril, comenzó a vomitar los alimentos, y al aspirarle las secreciones, en la sonda salía también sangre.

Comenzó con fiebre, la cual le continuó el martes y el miércoles le volvió el vómito, la noche del miércoles se agravó, el vómito no cesaba, así que la llevé a internar el jueves diez de abril.

Los pediatras que la atendieron me dijeron que sus pulmones se oían limpios, pero que se quedaría en observación por el vómito y la fiebre; la dejaron en ayuno y le colocaron solución intravenosa. Esa noche la pasó en una cuna porque no había camas disponibles la incomodidad y el acceso de tos que le dio, no la dejaron descansar, la fiebre iba en aumento.

A día siguiente la subieron a piso, le asignaron un cuarto aislado, a partir de entonces se sumió en una total inconsciencia, pasaron los días, la fiebre continuaba, su respiración se tornó rápida, llegando a las sesenta respiraciones por minuto, comenzó con taquicardia, su corazón iba a 160 latidos por minuto.

Le instalaron oxígeno, el color se le fue del rostro, al cuarto día de estar ahí la reportaron como “muy grave”; al aspirarle secreciones nuevamente salió sangre, le retiraron la sonda del estómago para que sacara toda la sangre que había en él.

Ya no le pasaban alimentos, le cambiaban diariamente de lugar la venoclisis, porque continuamente esta se infiltraba. La bañaban y aspiraban sin ella mostrar ningún reflejo, no reaccionaba a los estímulos. Sus ojitos se le ulceraron ya que los tenía entreabiertos, por ello le aplicaban gotas y le colocaron gasas húmedas en los párpados.

La noche del sexto día de internamiento, me subió la temperatura a 39 grados, el pediatra me aconsejó descansar un poco que me veía agotada, al día siguiente la dejé un rato con su papá y me fui a dormir a casa; soñé a mi hija muerta, desperté sobresaltada y comencé a llorar, me levanté y regresé a hospital, en la tarde mi esposo molesto le reclamó al pediatra porque no veía mejoría en su hija, el pediatra le contestó que no reaccionaba a ningún antibiótico y que en sus pulmones es estaban infiltrando abundantes secreciones, y que ya un pulmón no ventilaba.

La hemorragia del estómago no cedía, no había nada más que hacer, sólo poner su vida en manos de Dios y esperar, yo tenía las esperanzas que nos diera una sorpresa como en las veces anteriores.

El viernes dieciocho de abril, mi esposo tenía que irse a un viaje de trabajo, pero prefirió quedarse, no quiso separarse de su hija, A las cuatro la vio el pediatra, me dijo que ya no tenía reflejos, y su respiración era irregular, combinaba espasmos, con suspiros y pausas.

Al quedarme sola con mi hija le leí la carta que le escribí, le dije que no tuviera miedo de morir, que el cielo era muy bonito, que del otro lado la esperaban todos sus amiguitos, y que Dios la cuidaría, y ella me cuidaría desde arriba, que no se preocupara por su papá y por mí, que yo apoyaría a su papá en todo lo posible, que jamás lo dejaría.

Recé encomendándole su alma a Dios, le dije: Señor te devuelvo a este hermoso angelito que me prestaste. Gracias por habérmela mandado a mí. A las cinco fue a verla su tía Lina, al acercarse a ella lloró y tomándole las manitas le prometió ayudarnos a su papá y a mí a superar su partida.

Toqué la carita de mi hija y grabé para siempre en mi memoria, sus cejas bien delineadas, su nariz pequeña, sus manos suaves, la abracé y le dije que la quería mucho.

A las nueve de la noche llegó su papá, la acarició y le estuvo hablando, pareciera que sólo lo esperaba a él, porque en ese momento dejó de respirar, él me dijo Faby no respira, la moví bruscamente, él me gritó: ¿Qué haces? Le dije es para que reaccione, salí corriendo y le dije al pediatra que Faby no estaba respirando, el médico se acercó y nos pidió salir al mismo tiempo que tomaba la “charola de paro”, Me solté a llorar desesperada y mi esposo me abrazó llorando en silencio; una señora que cuidaba a su hijito prematuro se nos acercó, me dijo que llorara todo lo que quisiera, porque después tendría que ser muy fuerte. Volteé hacia la cama de mi hija y al ver al médico tratando de reanimar a mi hija, me derrumbé, una enfermera me vio y le pidió a mi esposo sacarme de la sala.

Una vez afuera me senté en una silla sintiéndome devastada, mi esposo bajó a llamar a la familia, el pediatra me llamó para confirmarme el fallecimiento de mi hija, mi única hija, mi razón de ser. Bajé la cabeza al oírlo, él me dijo: señora lamento no haber podido hacer nada por ella, le dije usted fue un pediatra muy atento, y siempre que le tocó atenderla lo hizo lo mejor que pudo.

Le pregunté al pediatra: ¿Usted sabe porqué Dios nos manda a estos angelitos y una vez que nos encariñamos con ellos nos los quita?, él me contestó: no lo sé señora, lo único que sé es que su hija ya dejó de sufrir.

Entré a verla, ya la habían cubierto con una sábana, no me atreví a destaparla, pero llegó mi esposo y levantó la sábana para abrazarla, al verla sentí que se me doblaban las piernas, me dio un vuelco en el corazón, y tuve que detenerme de la cama para no caer.

Después de permanecer un rato, salimos para que las enfermeras la prepararan; fuimos a arreglar lo del funeral, y a las once de la noche, ya estábamos en la funeraria. Sus abuelos paternos, quienes siempre estuvieron junto a ella, y que amaban a mi hija, fueron los que la vistieron, le pusieron el vestido de Primera Comunión de su prima Erika, le colocaron también el Rosario de Bodas de su tía Lina.

Es imposible explicar lo que se siente cuando se pierde un hijo, pero resulta mucho más doloroso con el paso de los días.

Se siente una necesidad enorme de estrechar a ese ser querido, que no volverá más, sentía coraje, impotencia, dolor, rabia. Y una enorme soledad. Hoy mi hija Fabiola, ya descansa con Dios mucha gente nos apoyó y nos acompañó en nuestro dolor.

La tristeza no se ha borrado, su recuerdo permanecerá eternamente en mi corazón, jamás olvidaré su sonrisa, sus manitas, su cabello negro y sedoso. Su imagen quedó tatuada para siempre en mi recuerdo. Gracias Dios mío por haberme dado a ese angelito. Fue para mí como reza en su lápida: "Un hermoso regalo de Dios"

### A UN ÁNGEL

Hay un vacío inmenso que llena mi alma entera,  
hay un dolor muy grande, que abarca mis sentidos,  
cómo quisiera estar sumida en un gran sueño,  
un sueño del que pronto habré de despertar

Su ausencia me lastima, me falta como el aire,  
Cómo quisiera ahora sentirla entre mis manos,  
Más todo esto es muy triste y eso ya es imposible  
Ya no podré besarla, ya no podré abrazarla  
Ya no podré jamás, tenerla entre mis brazos  
Y me hundo en su recuerdo, que lo tengo tangible  
Su cuerpo aprisionado, ahora vuela libre,  
Sus lágrimas amargas, han cesado por fin  
Su alma ya no sufre, su dolor se ha calmado  
Su ser ahora descansa ya no es su vida gris  
Sólo le pido a Dios, me ayude en este trance  
Me muestre los caminos que van directo a él  
Y así tal vez un día, yo pueda reencontrarme  
Con ese hermoso ángel, que un día llegué a perder  
Que un día partió hacia el cielo, dejando de sufrir  
Sabré esperar paciente, los designios de Dios

Seré valiente y fuerte, como ella me enseñó  
Enjugaré mi llanto viviendo por las dos  
Hasta que llegue el día, que vuele hacia mi amor.

KARINA 1997.

Ese mismo año, concluí mi bachillerato con excelentes calificaciones, en 1999 nació mi segunda hija Karime, fue entonces que supimos que yo tenía "Toxoplasmosis", llevé tratamiento durante los nueve meses para que mi hija pudiera nacer sana; en 2001 nació mi tercera hija Aletvia, ellas son mi razón de vivir, con el tiempo me divorcié, entré a trabajar como maestra de Preescolar y en el año 2007, terminé mi Licenciatura en Educación.